

escarlatas, obscenos y deleitables, para que se derramaran todos al mismo tiempo dejando a esos deseosos pubis escurriendo de leche, otros hombres por favor, porque siempre es mejor venirse acompañada de eyaculaciones gloriosas, con la imagen de varios glándes goteando simultáneamente en espasmos, más hombres para acrecentar la intensidad de mi orgasmo y sobre todo prolongarlo porque me lo había estado reteniendo, porque estaba a punto de estallar...

Y en ese instante, llamaron a la puerta.

—¡ROOM SERVICE!—, oí que dijeron frustrando todo el engranaje que había puesto en marcha.

Mala, era muy mala la bromita de Jacaranda y sobre todo, inoportuna.

Con la sangre burbujeando, atrapé una toalla de baño y me enrollé en ella. Camino hacia a la puerta fui murmurando mi más florido repertorio de reproches, pero cuando abrí, me topé con un camarero vestido de blanco que sostenía una bandeja coronada por una botella de vino. Era un asiático. Tenía cara de signo de interrogación y sonrisa inocente. Aturdida y acelerada, no supe si interpretar esa coincidencia como colmo, señal, alucinación o broma bien montada.

—Sorry, pero yo no ordené nada.—dije extrañada luciendo mi túnica improvisada.

—Es un regalo del huésped de la habitación 155—, contestó el joven sonrojado antes de entrar encarrerado buscando deshacerse lo antes posible de la bandeja. —Queso, vino y fruta para una conoedora, según dijo su compañero—, añadió antes de descubrir las imágenes que bombeaban en la tele.

Sentí que me ahogaba, y él ni se diga. El canal pornográfico descaradamente sintonizado, sofocos, gritos y jadeos en

sordina; la cama deshecha con la mariposa trepidando sobre las sabanas blancas; calzones, sostenes y medias pendiendo de las lámparas, y yo con mi cara de estúpida sin saber si cerrar o no la puerta. El buen mozo no hallaba dónde colocar la bandeja y conforme pasaban los segundos, su rostro se iba tornando de rojo a violáceo. Opté por cerrar la puerta, pero me falló la coordinación y se me resbaló la toalla.

Cae la toalla, lo miro como tecolote, me mira como hechizado, me agacho, se voltea, recupero la toalla y me cubro de nuevo, no sé qué decir, él menos, en ese momento se le ocurre eyacular al amigo de la pantalla; su expulsión es tan espectacular que los dos nos le quedamos viendo hasta que termina, le dirijo una sonrisita tembleque, él sigue petrificado con la bandeja, busca desesperadamente qué hacer, trato de fingir naturalidad pero siento silbidos en las orejas, el joven empieza a colocar la bandeja sobre una silla, me pregunta que si puede, le contesto que sí mientras busco un dólar, o dos, o cuarenta de propina, lo que sea, pendeja, pendeja, pendeja; me dice que lo deje, que no importa, le digo que no, que cómo, le pregunto si tiene cambio mientras clavo la nariz en mi bolsa con toda la intención de esconderme dentro, me dice que no hay problema y siento su mirada recorrer mi espalda desnuda, me doy cuenta de que no quiero que se vaya, se acerca para encaminarse hacia la puerta, la puerta que sigue cerrada, le pregunto si me acepta un traguito de la botella que me trajo a manera de agradecimiento y me sonrío pero no puede, está trabajando, o mejor sí, cómo desairarme con semejante sonrisa, yo le sonrío aún más y le digo en silencio que no sabe lo que le espera.

—¿De dónde eres?—acabé balbuceando.

—De California, pero tengo orígenes japoneses—, dijo echándole un vistazo tímido pero delatador a la pantalla.

—¿Cómo te llamas?—pregunté, y me mostró su gafete.

—¿Azakura?

—Sí.

—I like you, Azakura.